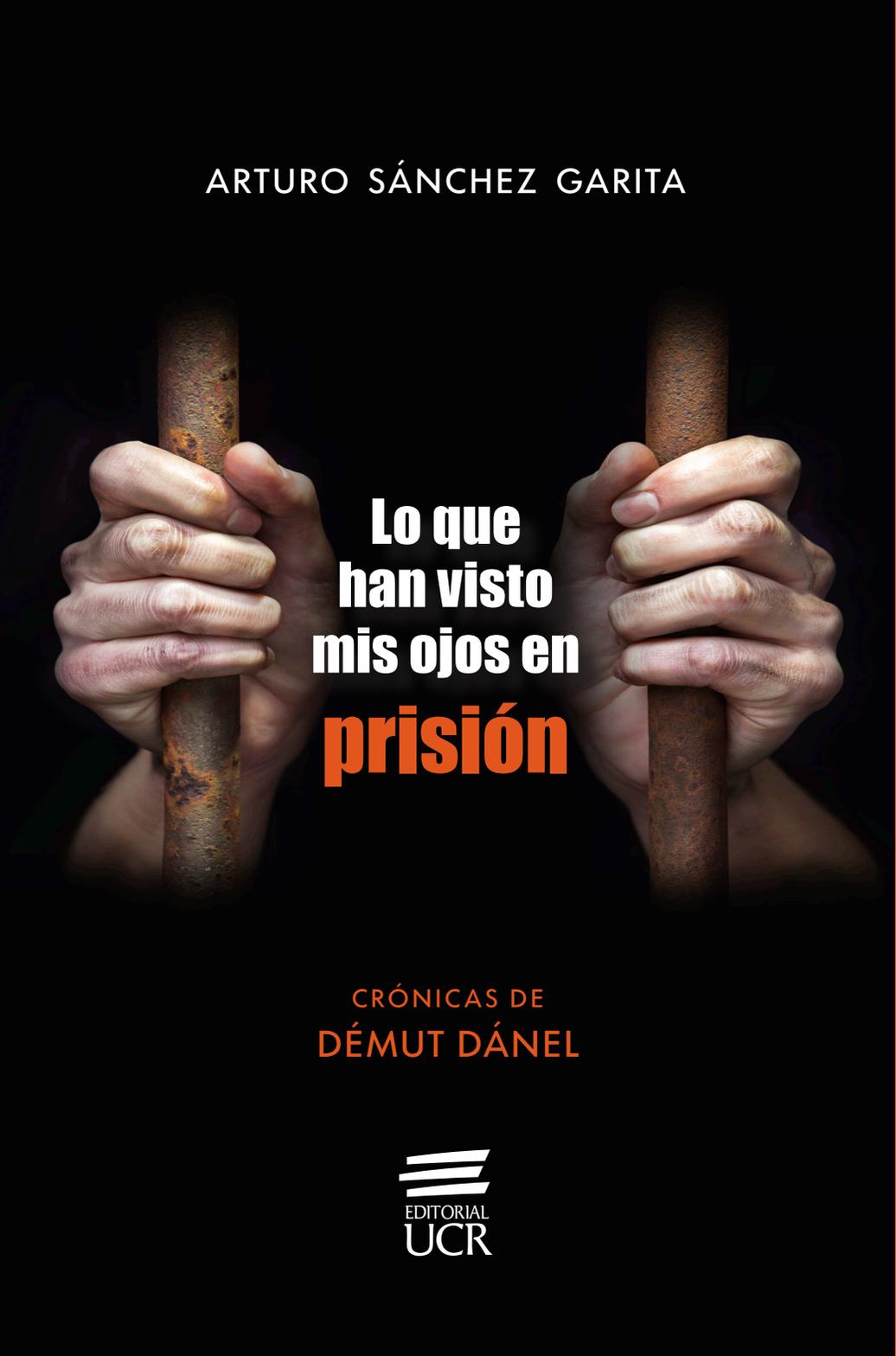


ARTURO SÁNCHEZ GARITA



Lo que
han visto
mis ojos en
prisión

CRÓNICAS DE
DÉMUT DÁNEL


EDITORIAL
UCR

ARTURO SÁNCHEZ GARITA

**Lo que
han visto
mis ojos en
prisión**

CRÓNICAS DE
DÉMUT DÁNEL



EDITORIAL
UCR
2024

CC.SIBDI.UCR - CIP/4084

Nombres: Sánchez Garita, Arturo, 1966- , autor.

Título: Lo que han visto mis ojos en prisión :
crónicas de Démut Dánel / Arturo Sánchez Garita.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-139-5** (rústico)

Materias: LEMB: Novela costarricense. | Prisiones – Novela.

| Presos – Novela. | Literatura costarricense.

Clasificación: CDD CR863.5 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

1

Es difícil contar tantas cosas que se pueden ver y vivir en una cárcel, sin importar cuál sea o dónde esté ubicada. Algunos se admiran, otros tal vez pensarán que es un tanto dramático, pero solo cuando se está detrás de unos portones metálicos con barrotes herrumbrados se puede saber cómo se siente.

Cuando un reo lleva diez años o más dentro de unas paredes mohosas, oscuras como su suerte, se va oscureciendo también su alma. La oportunidad de socializar es casi nula, pero cuando el reo pone mucho empeño entre tanta adversidad y logra rozarse con algunos funcionarios empáticos y sociales, le dan apoyo en el arte que pueda desarrollar. Eso es de exaltar en la Reforma.

Démut Dánel aprovechó aquellas actitudes de los funcionarios y pidió acceder a la consulta de un abogado, el cual por el éxito con sus clientes era muy reconocido en los pasillos. Hasta ese momento, nunca había tenido la oportunidad de ser atendido por uno y mucho menos de contar su historia, pues se había dejado convencer de los cuentos de los otros reos, quienes decían que los abogados al inicio piden mucho dinero, un bien que no poseía.

Un oficial permitió que el encuentro pudiera darse. Cuando el abogado llegó, se sentó en frente de Démut Dánel, quien nerviosamente no supo cómo empezar la conversación:

—Bueno, permítame darle mi nombre, yo soy Démut Dánel. Lo voy a llamar a usted, si me lo permite, solamente Licenciado, porque si me da su nombre, se me va a confundir con otros; tampoco lo voy a apuntar, pues empecé a leer y a escribir a la edad de cuarenta y dos años, temo escribirlo mal. Me gusta leer y escribir, claro, pero en la Reforma es una actividad muy peligrosa, pues los reos que se dedican a muchas actividades delictivas piensan que uno habla mal de ellos y que es una forma de enviar mensajes a los oficiales. Es una ironía que escribir en este lugar posibilite merecer la muerte; y eso es lo que se torna más incómodo: estudiar a hurtadillas.

Resulta ser que le iba a preguntar dos cosas, pero veo que usted me azota con sus preguntas. Amigo Licenciado, me da pena responderle, por esta forma tan corriente que tengo de contar las cosas. Sin embargo, ya usted me sabrá comprender a lo largo de la historia.

Nací en el cantón de Santa María de Dota, provincia de San José, Costa Rica, entre montañas densamente pobladas de robles, encinos y en donde los quetzales se regocijan entre los frutos del aguacatillo al hacer sus nidos en lo alto de los troncos secos; en donde el pájaro carpintero picotea sin detenerse hasta formar un hoyuelo redondito, como si fuera el trabajo de un ingeniero, para luego llenarlo de hojitas secas y lana barba de viejo y poner sus huevos.

Claro que anhelo regresar, cuando recupere mi libertad, a recorrer todos aquellos senderos que solía andar a caballo con unos de mis amigos de adolescencia, como Carlitos y Javier, y con otros que luego el tiempo se encargó de alejarlos.

Siento aún el olor del humo de aquellas carboneras que dejaban negras las mejillas, destrozadas las manos, nutridos los bolsillos. Las aguas claras y frescas colmadas de truchas, gracias a esos exquisitos peces se fueron quedando en nuestros ríos las juguetonas nutrias. En las honduras montañosas, retumbaba el golpe del mazo y el hacha que abría la madera en aquellos robledales, lo cual contrastaba con el eco resonante de antiguas bocinas en carretas multicolor que arrastraban robustas yuntas de bueyes, entre polvaredas o profundos barriales. Crecí al lado de muchas hermanas y hermanos en el seno de una familia numerosa que, afincada en ese bello cantón, logró trascender al surgimiento de cada uno de sus miembros.

Una bandada de palomas silvestres baja de las montañas hasta los potreros, es como una nube que oscurece y forma una sombra efímera, repentina y que descuelga sutilmente entre plantíos de moras maduras.

2

Transcurría el mes de mayo, en el año 2008, el invierno se hacía sentir en la ciudad de Cartago. Démut Dánel inició el recorrido habitual de su jornada laboral nocturna. Transitaba entre las brumas de algunos pueblos y barrios de esta ciudad brumosa, con tan solo la música de la radio que le servía de compañía, también uno que otro cliente que solicitaba transporte en aquel taxi pirata o informal. Era una noche con calles casi vacías, pocos los pasajeros y muchos los deseos de trabajar. No quería irse a casa sin antes ganar alguna cantidad de dinero pese a que estaba cansado. Por eso tenía que arriesgar mucho y no podía darse el lujo de elegir a los clientes. Las horas transcurrían pesadamente y con ellas el cansancio físico y visual se comenzaba a sentir. Se aproximaban las cero horas; era lo que marcaban los dígitos de su reloj.

Se dirigió con rumbo a un bar restaurante que era atendido por orientales, cuyo dueño era el chino Casimiro, y pensó: “Pronto serán las doce medianoche”. Proyectó ensimismado dos opciones: la primera, comprar comida china y atenuar el hambre, y continuar trabajando hasta la madrugada como siempre; la segunda, irse a casa de una vez. Casi optaba por la segunda opción, cuando observó una persona que dirigió la mirada a su carro y desde la acera preguntó:

—¿Está trabajando?, ¿es usted pirata?

Contento y sin demora, y al no hallar en él algún gesto o mirada suspicaz, Démut Dánel exclamó:

—¡Sí, claro!

Aquella persona, sin pensarlo más, abordó el taxi.

—¿A dónde lo llevo? —preguntó el conductor Démut Dánel.

—Lléveme a Lourdes —respondió el cliente.

Démut Dánel intentó, tal vez en dos ocasiones, tejer alguna conversación con el cliente, pero el muchacho se mostraba cauto y con la mirada enfocada en la ventana de su puerta, mientras mostraba inquietud en sus movimientos. No fue de mayor importancia, pues Démut Dánel estaba acostumbrado a tratar con diferentes tipos de personas y decidió elegir un disco musical de su agrado mientras conducía con precaución. Llegó a la terminal de buses de Lourdes en Cartago y preguntó al pasajero:

—¿Exactamente dónde?

—Continúe conduciendo y yo le voy indicando —dijo el cliente.

En algún momento sintió desconfianza, pero él pensaba que se trataba de una sola persona, delgada, de baja estatura y que podría dominar en caso de tener que defenderse, también recordó que portaba un arma de fuego tipo 9 mm de color negro, la cual guardaba bajo su asiento y no dudaría en usarla en caso de que fuese necesario.

Continuó conduciendo. Atrás quedó el asfalto y el alumbrado público; ahora transitaba por un camino rústico, de piedra, completamente solitario y oscuro. Cuando había recorrido un poco más de un kilómetro aproximadamente,

llegó a un cruce de caminos tipo i griega. Un carro se encontraba estacionado casi en media vía pública en aquel oscuro y misterioso lugar, con las luces apagadas y los vidrios empañados por completo. La densa bruma también entornaba aquel escenario.

No sabía que se encontraba al borde del despeñadero de la decepción y el sufrimiento, sin sospechar jamás que le esperaba mucha, mucha tristeza y soledad. Estaba cerca de que cambiara su vida por completo: en muy pocos segundos dejaría de ser productivo, como lo había sido por más de cuarenta años, y se convertiría en una carga para su familia y para el Estado.

En una rápida acción, con un movimiento sobresaltado y extraño, el cliente exclamó:

—¡Aquí está bien! Espéreme aquí un momento.

Démut Dánel miró aquel carro con sospecha y pensó: “trataré de ir dando vuelta”. Se alejó algunos metros para luego retroceder y de esa forma estacionar su taxi correctamente. Esperó un poco y, entretanto, le surgían algunas interrogantes: ¿qué estará pasando?, ¿será que se va a ir en aquel carro y no va a pagar el viajecito? O ¿será que me intentan asaltar?

Démut Dánel no esperó más; tomó el arma que llevaba, bajó del auto y se dirigió hacia el otro vehículo por la parte trasera, se disponía a preguntarle al pasajero qué pensaba hacer. Sin embargo, no dio tiempo. Había escuchado un golpe, pero no logró ver nada por la densidad de la niebla y la oscuridad de aquella lluviosa noche de mayo. Solo se podía escuchar un murmullo confuso como si fuera una discusión en el carrito aquel. Guardó una distancia aproximada

de veinte metros, cuando repentinamente y en rápida actuación, aquel auto encendió y vino en reversa contra su humanidad. Fue un completo accionar con violencia y mala intención que puso en peligro su vida.

En fracción de segundos, sin tener más oportunidad para pensar, disparó dos o tres veces el arma que portaba en su mano derecha, para impactar la llanta trasera del lado del chofer y salvarse de ser perseguido. Trató de correr, tropezó y cayó luego de lado de aquel vehículo. Al caer se apoyó en el arma accidentalmente, esta se disparó en dos ocasiones más. Increíblemente y para la peor desgracia, como si aquello hubiera sido tomado de una telenovela o de una película de acción, una de las balas entró por el foco de la luz del freno.

Con los codos y las rodillas golpeados dolorosamente, corrió hasta su carro, su cuerpo trepidante estaba a punto de sucumbir, se sentía desesperado y experimentaba un susto aterrador. Llevaba consigo dos manojos de llaves. Debido a que tenía tan solo dos días de conducir en forma parcial aquel vehículo, y a que estaba nervioso, no podía dar con la llave correspondiente de la ignición del bendito taxi. Pensaba salir de inmediato de aquel lugar, pero parecía ser que todo estaba sincronizado, engranado y conspirado en su contra. Además, el destino había establecido que aquello tenía que ocurrir de esa manera; se encontraba en uno de esos días grises de la vida, que más bien se tornaba negro, como si estuviera en la entrada de un espeluznante túnel. En la tribulación en que se hallaba regresó al vehículo. El sujeto que llevaba como pasajero llegó, con la velocidad de una gacela subió al taxi y tiró al piso, junto a sus pies, un puñado de tela hecha rollito, no era posible distinguir qué era. Démut Dánel le preguntó:

—¿Qué pasa? El joven se disgustó, tenía en su mano un cuchillo. Démut Dánel pensó que lo atacaría, le pidió que desbordara el vehículo repetidas veces, pero él se negó por completo. El cuchillo estaba impregnado de sangre, lo podía percibir con su olfato. El cliente le pidió que no lo dejara abandonado en aquel distante lugar. Démut Dánel pensó que él le había dado un balazo y se sintió culpable.

—Lléveme al hospital —dijo el joven pasajero—, mientras lo miraba con desesperación y con el puñal en la mano, convertido en un despiadado. Démut Dánel seguía sintiendo un alto grado de culpa y aunque tenía cerca de él aquella pistola, recordó que cuando cayó contra las piedras sintió que una de las piezas no estaba en su lugar. Debido al golpe sufrido contra el suelo, pensó entonces que no le funcionaría aquella arma. En tal caso, era mejor obedecer al endemoniado acerbo.

Encendió el automotor y, al dirigirse hacia el hospital más cercano de esa ciudad, que es el Max Peralta, temía grandemente que el pasajero tomara represalias en cualquier momento, pero, cuando avanzó algunos kilómetros, el sujeto le dijo:

—Lléveme para El Guarco.

—Me pidió que lo llevara al hospital —sostuvo Démut Dánel.

—Ya no, esto no es para tanto —dijo el pasajero. Discutieron, le pidió que lo llevara por Asunción.

Démut Dánel le preguntó una vez más:

—¿Qué es lo que pasa?

—Ese mae cara de (...) me debe un dinero y no me quiere pagar, por ese motivo lo andaba buscando, quería cobrarle.

—Esto no me parece —dijo Démut Dánel. Mejor no vamos a ningún lugar. Detuvo el taxi en una esquina del costado noroeste de la cancha de futbol de barrio Los Sauces, en Tejar de Cartago. De manera autoritaria, le ordenó desabordar de inmediato el auto. De repente, con la luz del carro y el alumbrado público, observó que el pasajero estaba herido en un brazo cerca de la mano.

3

Casi se disponía a marcharse cuando apareció un oficial motorizado, se acercó a la ventanilla y preguntó:

—¿Tiene mucho rato de estar en este lugar?

—No mucho –respondió Démut Dánel.

—¿Trae en orden sus documentos y los del vehículo? –preguntó el policía motorizado. A lo que él respondió que sí.

—Permítame su cédula de identidad y su licencia –ordenó el policía.

Le entregó sus documentos completos y los del vehículo.

—Ahora los de su acompañante –solicitó el policía.

—Yo no traigo ningún documento, pero yo soy Felipe Marín. El policía se acercó un poco más a la ventanilla, con mucho asombro en la mirada:

—¡Es el que conocemos en la policía con el alias de Freed, sí... es Freed! –balbuceó sorprendido el policía mientras clavaba su mirada en el sujeto. Tomó la cédula de Démut Dánel y se comunicó por radio con la central de policía para preguntar acerca del conductor del vehículo, pero le contestaron que Démut Dánel no tenía pendientes con la policía y que él podía recoger sus documentos y marcharse. El policía le dijo:

—Usted puede irse, pero este sujeto... “Freed” no porta ni siquiera cédula de identidad. A ver, Démut Dánel, muéstreme la cajuela o parte trasera del carro, baje por favor.

De inmediato acató la orden y cuando iba hacia atrás pensó muy preocupado: “de todos modos si le digo al policía lo que pasó, voy a tener problemas porque el arma se disparó y terminó en el carro que estaba estacionado”. Démut sabía de antemano que ya estaba en gravísimos problemas, por eso calló.

Sabía también que por su inocencia tenía la pistola en el carro como prueba de que no andaba con malas intenciones de matar a nadie. El sujeto, Freed, a quien había visto tal vez en solamente un par de ocasiones y cuyo nombre no sabía hasta aquel momento, se quedó a bordo del taxi durante el tiempo que duró el policía realizando la inspección al vehículo.

Ingresaron algunas llamadas al radio de comunicación del motorizado y la situación empezaba a tornarse cada vez más intensa y preocupante, podía escuchar lo que estaba ocurriendo. Se le erizó la piel y el cabello, su paladar estaba amargo, tenía la boca seca por completo, pensaba que no era el mismo caso, que era otro porque lo que él podía oír era espantoso, imposible de aceptar. Las llamadas eran transmitidas con el método de las claves, pero Démut Dánel conocía algunas, ya que cuando era taxista porteador las escuchaba, eran similares, las podía entender un poco. Decían que se había efectuado una balacera en Lourdes y que había dejado como resultado una persona herida, que se trataba de una femenina y que el supuesto agresor viajaba a bordo de un automóvil. No describían su marca ni su color, solo se decía que dos personas viajaban a bordo de dicho vehículo.

Escuchó cuando dijeron que la persona herida de bala se encontraba cada vez más grave. Fue entonces que el policía se asustó y llamó a la central para pedir refuerzos.

Los ojos de Démut Dánel se empezaron a humedecer y sintió como si tuviera sobre los hombros el volcán Irazú, pero eso no era todo. De repente, en ese momento pavoroso, se encontró en medio de la espesura policial más aterradora que se pudiera imaginar. Poblado en desagradable compañía, rodeado su taxi con cinta amarilla, aquello era verdaderamente impresionante, el ambiente revestido cada vez más de honda penumbra. Le llegó un aroma a muerte, tal vez sus nervios o el olor a sangre que tenía impregnado en la mente; la cruda realidad no se hizo esperar. Por el radio comunicador se emitió el peor de los mensajes:

—Atención a todos los oficiales que se encuentran custodiando el vehículo sospechoso en Tejar del Guarco, mantengan firmes sus posiciones... víctima fallecida, repito... fallecida.

Las luces de las patrullas, y de otros vehículos policiales que llegaban, engalanaban el lugar con su resplandor. Aquello enriquecía las miradas de espectadores y gentes curiosas que se reunían en gran multitud; entonces, en forma inmediata, Démut Dánel contempló el acoso de las luces contra sí, pudo entender que formaban parte de lo que sería una vil acusación. Lo señalaban incesantes, incesantes, enojadas tal vez.

Las frías humillaciones hacia él, combinadas con crueldad, no se hicieron esperar. Lo sujetaron de las manos, las pusieron bruscamente en su espalda y lo lanzaron contra el asfalto. Pronto, sintió la suela de los zapatos policiales con odio sobre su rostro, las varas de castigo enterradas

despiadadamente en sus costillas, un par de esposas bien apretadas le laceraban sus muñecas salvajemente, lo empujaron hasta un carro con un cajón metálico como congelador. Lo hicieron esperar en fatal incomodidad con la puerta trasera abierta, eso reflejaba la intención de exhibirlo cual mercancía que no está en venta. Las personas se aproximaban y murmuraban comentarios negativos; también llegaron personeros de diferentes medios de comunicación muy reconocidos, respetuosos guardaban la distancia correspondiente, se mostraban prudentes y se limitaban a observar y a obtener algunas imágenes fotográficas.

Transcurrido algún tiempo, se acercaron unos sujetos con expresión desagradable, perpleja, más dormidos que despiertos. Lo miraron con odio sobre sus anteojos, uno de ellos, el “chaparro”, enarcó las cejas, luego exclamó sin el mínimo interés, más bien destellaba sadismo:

—¡Yo soy su abogado defensor! No conteste nada, solo guarde silencio —ordenó.

Su forma de actuar y de expresarse dejaba al desnudo que estaba frente a uno de esos negligentes, pues se notaba su incompetencia.

—¿Dónde está el arma? —dijo con enojo el defensor—. ¡Dígame qué hicieron la pistola! Si no me dan el arma, le desarmamos todo el carro hasta encontrarla —amenazó—.

Démut Dánel se limitaba a obedecer lo que el profesional le dijo a su llegada, permanecía en silencio.

Pasaron algunas horas, la noche se desgastaba: el canto temprano de los gallos atravesó la bruma como un cuchillo que anunciaba el amanecer. También eso se podía ver en los rostros cansados que lucían las personas espectadoras

y los policías que no dejaron de cuidarlo como si fuera el individuo más peligroso del universo, o tal vez un valioso tesoro. Claro, si utilizaban las facultades numéricas, se darían cuenta de que sí era un tesoro, un diamante para ellos, y no necesitan ni una lupa, un catalejo; tampoco tienen que cavar, pues, ya estaba en sus manos.

Ahora solo faltaba que los abogados, los jueces y los fiscales llegasen a un mutuo acuerdo para elevar la suma de años de condena que se les ocurriera. A empezar a repartir el tesoro, gracias a una imprudencia e insensatez, o un error humano, el cual es visto con mirada lucrativa y no con intenciones de justicia y buena fe. También se actúa de forma omisa con el derecho de igualdad, ya que es probable que juzguen tomando en cuenta si los supuestos ofendidos son familia y si los agresores, o quien comete el delito, es de cuello blanco; si portan uniforme o si son famosos adinerados, incluso, si anotan muchos goles. De todo eso se dependerá para quedar absuelto y si no, pues ya estudiado el caso, verán si le aplican una medida irónica, ridícula o lo hunden sin piedad; aunque sepan que con tal sacrificio lo están enterrando vivo, porque no merece esa condena.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Arturo Sánchez Garita

Nació el 16 de octubre de 1966, en Santa María de Dota. En 2018 publicó *Poemas de Tío Pedro*. Posteriormente, en la Universidad de Costa Rica recibió un reconocimiento al esfuerzo. Ha escrito otras obras literarias: el poemario *Vendaval de frases* y los cuentos “A tierra firme”, “El río Ojoche” y “El armadillo”. Ha sido invitado a participar en el Festival Internacional de Poesía de Costa Rica.

Corrección filológica: *Ariana Alpizar L.* • Revisión de pruebas: *Pamela Bolaños A.*
Diseño de contenido y diagramación: *Raquel Fernández C.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Imagen de portada: Fotografía de stock del
banco de imágenes Depositphotos.com, 624557810 ID. Autor: Marinka.
Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Junio, 2024.

Lo que han visto mis ojos en prisión. Crónicas de Démut Dánel muestra la experiencia carcelaria de un personaje que es testigo de diversas situaciones propias del ámbito penal costarricense.

Desde el momento en que ingresa a las celdas del Organismo de Investigación Judicial, en el 2008, Démut Dánel inicia un recuento de múltiples crónicas que encierran temas como las drogas, la familia, la injusticia, la diversidad sexual, el abuso de poder, entre otros.

Por medio de una narración cargada de detalles, es posible sumergirse en un mundo de historias vividas en los distintos regímenes, desde mínima hasta máxima seguridad.